

LA CAMPANA

Montevideo Miércoles 22 de Mayo de 1878

DIRECTOR — LUIS REVUELTA

Año I — Núm. 55

DIARIO DE LA TARDE

ALMANAQUE

JUEVES 23—La aparición de Santiago Apóstol.

CONDICIONES

Este diario se publica por la imprenta calle Mercedes número 124.

Subscription mensual, 1 peso (Pasajero y plantado)

AVISOS Y SOLICITADES

Se reciben hasta las 2 de la tarde en la oficina de Redacción calle 23 de Mayo núm. 140 y pasado esa hora en esta imprenta.

SECCION OFICIAL

Ministerio de Hacienda.

Montevideo, Mayo 21 de 1878.

Para que este Ministerio pueda dar debido cumplimiento al art. 83 de la Constitución del Estado, dando cuenta al Honorable C. Legislativo, en su próxima reunión, del orden y marcha administrativa observada durante el período del actual Gobierno Provisional, se hace indispensable que dentro de los primeros quince días del mes de Enero de 1879, eleve Vd. la Memoria que corresponde a la Repartición de su cargo, comprendiéndose desde el 10 de Marzo de 1876 en adelante.

Ella deberá contener todos los conocimientos que se consideren de importancia, con especialidad las mejoras que se hayan practicado en el lapso de tiempo transcurrido, y aquellas que fueren posibles introducir en lo sucesivo.

José M. de Noya.

VARIEDADES

El asesino Hackler.

EX ARTISTICO

Hackler, de quien todos se ocupaban en Viena; Hackler, cuyas noticias circulaban a todas las noticias políticas, acababa de ser denegado su indulto por el Emperador y todas las máximas se reunían un grupo delante la prisión con el objeto de oír la lectura de la condenación capital. En el público no había la menor señal del sentimiento de dulce piedad y de dulce compasión que se había producido, algunos meses antes, en vísperas de la ejecución de Francisco. Las hermanas vienesas habían llorado la muerte de tan gentil muchacho. Francisco, como tantos otros, había sido presa del vértigo del dinero que trastornaba todas las cabezas en Viena; pero no teniendo como especular en la Bolsa, atrajo a su casa a un de-graciado agiotista, le trató a puñaladas, y le dejó como en un camino real. Dos días después, Francisco era arrestado en Kegenfurt, en casa de su novia, honrada joven que lo había fiado hasta la muerte.

Francisco era casi un héroe de novela. Hackler no pasaba de ser un odioso monstruo. Había dado muerte a su madre y se había secado, durante tres noches en la cama de la víctima, debajo de la cual había ocultado el cadáver. Y la había asesinado para robarle uno cuantos ducados, con los cuales, la misma noche de la muerte se había ido al teatro y a cenar en seguida en un fregón.

El asesino estaba acompañado de circunstancias horribles. Como su madre le dijese fuese a trabajar, Hackler bajo, tomó una soga, enlazó con ella a la infeliz mujer y distribuyéndola al suelo la mató en la boca un puñetazo de filo para que no gritase, dilucidando en seguida con un garrote.

Todo lo había confesado.

—¿Cómo habéis podido dormir sobre el cadáver de vuestra madre? le preguntó el presidente del tribunal.

—No por que de costumbre, había contestado Hackler.

El día de mi visita a la prisión del barrio del Alser, recibí un billete de entrada especial para

asistir la mañana siguiente a la ejecución del condenado. Me había arreglado mi despertador para las cinco, pero desperté antes. La idea de que iba a ver matar a un hombre atormentó mi espíritu incesantemente. Oí el ruido del carruaje que, según lo dispuesto el día anterior, debía detenerse a mi puerta, y bajé con el corazón oprimido. Cuando pasa la muerte tan cerca de nosotros, su helado aliento nos hace estremecer.

A la prisión Alserroviada, dije al cochero, echándome en un ángulo del carruaje. Pasamos frente a la catedral que parecía una negra y enorme roca que dominaba la ciudad. La esfera transparente de uno de los relojes señalaba las seis. A unos quemadores de gas alumbraban toda la ciudad tenía un aspecto triste y sombrío, en su silencio, en medio de las tinieblas agrupadas en los ángulos y en los huecos como el humo de la niebla espesa. Sin embargo, muchas sombras corrían paralelas a las casas, sin ir a, como una procesión de fantasmas, de intervalos desaparecía en la oscuridad, y volvía después a pasar por la luz. Aquella larga hilera de hombres y mujeres, envueltos en abrigos, se dirigían al mismo punto que yo.

Delante de la prisión la turba aumentaba por momentos, como un río que se desborda y que ha roto sus diques. Los fusiles de los soldados que montaban la guardia, relucían en las sombras.

Un extraño y desusado movimiento reaparecía a la izquierda como que relata ordinariamente a los pasadizos de la prisión.

El ruido que hacían los soldados y carceleros con los pies, y el rumor de la muchedumbre que se agolpaba fuera, despertaban de una manera misteriosa y lúgubre los dormidos ecos de aquellas vastas y desnudas murallas. Al pasar el la celda a que había sido trasladado Hackler para que pasase su postrera noche. Un cristo sangriento, clavado en una cruz de madera, pendía en la muralla, y el condenado sentado a una mesa y rodeado de carceleros inertes y estúpido esperaba la conclusión de los preparativos. El sacerdote lo hablaba pero no parecía escucharle; ni manifestaba siquiera el instinto de conservación propio del irracional que lucha cuando se lo conduce al matadero. Vír el morir todo le era indiferente.

—Quise que termine la vida, dijo a los jueces, cuando fui descubierta; pero he creído que vosotros lo haríais mejor que yo.

1. Había comido abundantemente y dormido con tranquilidad, y al levantarse había bebido y se había

El patio de las ejecuciones se llama el patio de los cadáveres; separado de la celda del paciente por un pasillo, tiene la forma de un triángulo estrecho. En el vértice se eleva la horca, y los espectadores se agrupan en la base. Nada más triste y miserable a la vista que aquel patio encerrado entre altísimas murallas, llenas de agujeros enrejados a los cuales asoman sus manos y sus rostros a ennegrecidos los presidarios.

El día después por último, después de mortales lentitudes, como si hubiera tenido vergüenza de alumbrar la atrocidad que iba a tener lugar en aquel recinto. Sus débiles respaldos presaban un tinte fúnebre a los objetos que nos rodeaban, y la horca, en el último término de aquella perspectiva, perfilaba su delgada armazón contra una amenaza, como la siniestra silueta del feroz del crimen. Rodeaba un cordón de soldados. Dieron las seis y tres cuartos, y un ligero rumor salió de la turba.

En ese momento aparecieron el verdugo y sus tres ayudantes. El verdugo con sombrero de copa alta y sobrelado azul, semeja a un artesano endomingado.

Dos de sus ayudantes eran muy jóvenes, imberbes aun; el tercero, con su poblada y roja barba, era el único que tenía aspecto propio de su oficio.

El aprato fue examinado escrupulosamente, y el verdugo indicó con el dedo la altura a que debía elevarse el reo, y sacando en seguida de un

saqueo negro que llevaba consigo una colección de cuerdas, puso una en las gradas de la horca y guardó otra mas pequeña en su bolsillo.

Terminados estos preparativos, sacó el reloj y viendo que se aproximaba el momento supremo, dió la señal a tiempo que daban las ocho.

La puerta interior del patio se abrió, y Hackler, acompañado de la Comisión del tribunal, del capellán y del guarda principal, apareció en lo alto de la escalera, a cabeza inclinada, la vista fija y llevando en sus manos un crucifijo. Descendió las gradas con paso firme y seguro y se encontró bajo el palínduro. Estaba pálido como la cera y gruesas gotas de sudor salían de sus sienes y rodaban por sus mejillas. Con una indiferencia estúpida, pasó sus miradas por el verdugo y sus ayudantes, por los soldados y los jueces.

El jefe de la comisión avanzó tres pasos y presentando el reo al verdugo, le dijo:

—Oyente el nombrado Raimon Hackler, condenado a la horca, cumplid con vuestro deber.

El verdugo se inclinó, los miembros de la Comisión retrocedieron, un tanto, y el verdugo extendiendo el brazo se apoderó del condenado, a quien sujetaba el capellán con pañuelos de conserje.

Hackler no manifestó el menor miedo. Los ayudantes quisieron desmenuzarse de sus vestidos.

—Déjame, les dijo él, lo haré yo mismo.

Y con la calma y la desenvoltura del hombre que se desanda para dormir el sueño del justo, se quitó el capote, el chaleco y la corbata, dejándolo sobre las gradas; y, sin agregar una palabra, se colocó en la horca, la cabeza un tanto hacia atrás, sin embargo.

La turba lanzó un grito. En seguida el verdugo desistió para amarrarle las piernas, y en acto los ayudantes levantaron a este en el aire. El verdugo que había subido al último tramo, pasó una segunda cuerda al cuello de Hackler, que hizo entonces un brusco movimiento para librarse.

Pero ya flotaba en el vacío. Sus ojos se abrieron desmesuradamente y se reflejaron hasta el blanco en sus órbitas, un estertor espantoso retorció su boca, y los espectadores jadeantes, mudos y temblorosos, miraban torando a veces la cabeza, a aquel cuerpo que danzaba en la estremidad de una cuerda.

El verdugo aproximándose al ahorcado, le hizo inclinarse violentamente la cabeza hacia adelante, sobre el pecho, como para romperla. La columna vertebral, le cayó en seguida los párpados de un papirito y todo concluyó.

Hackler había espirado, y en los aires sobre los techos que el sol naciente iluminaba con su sonrisa de vida, dobló una campana con un ritmo regular y acompañado mientras que la turba agitada en las puertas de la prisión se disputaba gritos la sentencia de muerte del condenado.

Victor Tissot.

GACETILLA

Un cazador de tigres

Una persona legada recientemente a esta ciudad con procedencia de los territorios del Chaco, ha contado una terrible aventura ocurrida a un indio manso de aquellas apartadas localidades y que, a causa de las circunstancias que lo acompañaban, conderamos de interés para nuestros lectores.

El suceso que va a ocuparnos ha tenido lugar en la nueva colonia San Javier, situada en los territorios del Chaco y fundada por el gobierno argentino con un plátel de notables laboriosos inmigrantes rasos-alemanes.

La colonia San Javier está situada sobre la margen del río de aquel nombre que se encuentra separado del Paraná por una cadena de pequeñas islas de vegetación salvaje en cuyos espesos matorrales abundan los tigres de una manera verdaderamente fabulosa.

Los indios semi-civilizados de las reducciones

Felipe sin hacer caso de la interrupción del banquero—era su sobrino de usted, el heredero de la mayoría de los bienes del señor baron de Montserrat, padre de su esposa de usted, y que esos dos criados que tanto le preocupan no debieron quedar bien muertos por los bandos con que usted estaba usted de acuerdo.

—¡Silencio!—exclamó Perez con voz trémula.

—Y finalmente—continuó su interlocutor—que ese capitán de caballería que hoy le preocupa tanto, es aquel mismo niño que hoy no duda mandaron ustedes que fuese muerto por algunos de los bandidos, y cuya fidelidad usted me dió explicación alguna; pues si de deducción en deducción he llegado a formar toda esta verdadera historia, ¿no cree usted que averiguarla también cuanto fuese posible en cualquier otro asunto por embrolado o encubierto que estuviese? Ha sucedido y un error muy grande Sr. D. Eugenio Perez; hombres como yo, ni porque se les pague mejor o peor dejan de cumplir con su deber; ni son de aquellos a quienes se amenaza para que se desistan de lo que cumplen con él.

Si V. con una peregrinación, y una habilidad que no puedo menos de reconocer, supo borrar tan perfectamente las huellas de su crimen, ¿por qué se incomoda hoy conmigo porque no he sabido hallar el rastro que usted borró? Créame usted y alacera mis servicios, como no dije, hableme usted siempre con franqueza, y no dude de mí, máxime cuando tiene pruebas de lo bien que sé cumplir.

Durante toda la estrova silenciosa de Felipe, el banquero espresó en su rostro de un modo elocuente las impresiones que iba recibiendo.

del Chaco y los habitantes de las colonias recientemente fundadas, se dedican con infatigable constancia a la caza de estos peligrosos y temibles animales, que muchas veces hacen estragos en las poblaciones, con el objeto de ganar algo con el producto de la venta de pieles.

Con motivo de las últimas inundaciones que se han hecho sentir en todo el litoral argentino y en el Paraguay, las aguas del Paraná se han confundido con las masas corrientes del río San Javier, cubriendo las lías que establecen el límite separativo de ambos ríos.

Con este motivo, los salvajes animales que habitan las lías, han sido desalojados por las fieras de los elementos de sus cast insuperables habitos ones. Los tigres en una cantidad asombrosa, han invadido la tierra firme, amenazando constantemente la vida de los habitantes.

Los colonos han declarado una guerra sin cuartel, una verdadera cruzada de exterminio contra sus feroces enemigos.

Con este objeto salen en forma de pequeños ejércitos armados de todas armas y adoptando todo género de precauciones a fin de garantizar de antemano la victoria.

Solo uno de los habitantes de aquellas apartadas comarcas se atreve a pelear solo y cuerpo a cuerpo. Nunca consistente en acompañar a los colonos en sus frecuentes expediciones, porque lo domina una especie de manía sui generis: quiere a todo trance que el triunfo y la piel le correspondan exclusivamente.

Se llama Raimon y es indio manso convertido a la religión católica, de muy buenos sentimientos y que se distingue siempre por la respetuosa obediencia que manifiesta en sus relaciones con sus superiores.

Es un hombre de pequeña estatura pero que revela a primera vista una musculatura de acero; todos sus compañeros le respetan por su valor verdaderamente su vaje.

Este tipo característico ha sido el protagonista de la terrible aventura que vamos a relatar a conocimiento de nuestros lectores.

Un día el indio Raimon se había ajeado solo como a dos leguas de la colonia San Javier; iba montado en un magnífico caballo y llevaba dos armas; un fusil y una lanza de construcción especial que usan generalmente los indios del Chaco en sus sangrientas luchas con los animales feroces.

Está formada de una madera durísima y luciente extraída de los espesos bosques que abundan en los territorios del Chaco y termina por una de sus extremidades en una punta de hierro; no muy aguda y filosa.

Raimon iba a tirado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, abandonada la brida sobre el cuello reluciente del noble bruto; quizá en aquellos momentos pensaba en todo menos en los tigres.

De repente oyó un bramido atroz, uno de esos rugidos tremolos de la fiera embarracada que hielan la sangre en las venas del hombre mas valiente, y bien pensar en el momento solemne de la muerte.

Raimon no se estremeció, porque, en esta creencia, pero, en presencia del tigre, todas las emociones se reanuncian en el fondo de su corazón, menos el temor.

Al escuchar aquel bramido horrible que hizo vibrar prolongamente todos los ecos de los matorrales circunvecinos, Raimon levantó la cabeza y brilló en sus ojos un relámpago de fuego lleno de ferocidad y de filo.

A pocos pasos de distancia, frente a la cabeza espantada del caballo que temblaba estremecido de pavor, estaba un tigre recelado sobre sus patas traseras, con la pupila inmóvil y llameante, que contemplaba lleno de alegría aquellas dos presas que se debatían la casualidad.

El tigre, que era de dimensiones colosales, se empleó sobre sus enormes patas traseras, y dando un tremendo salto acompañado de un bramido feroz, echó sus afiladas garras en el pecho palpitante de caballo.

Rápido como una centella, dejó caer por las

ancas del animal moribundo y empujando la lanza con mano vigorosa y resuelta, esperó a que firme el fin de aquel drama cuyas peripecias horribles no pueden encajarse en los pídidos colores de una descripción humana.

En el choque producido entre el caballo y la fiera, el fusil había rodado por el suelo. Raimon ni siquiera pensó en recogerlo. Confiado en su tranquilidad, en su valor y sobre todo en aquella fuerza lanza de dos varas de largo que oprimía entre sus manos.

La fiera rugiente separó sus garras ensangrentadas de entre el pecho despedazado del caballo y avanzó furiosa sobre Raimon.

Cuando la turba a distancia conveniente, el intrépido indio le separó el hierro de la lanza en el pecho.

El tigre dejó escapar un último rugido quejumbroso y se desplomó sobre un montón de lodo sangriento.

Después de la victoria, el indio triunfante dirigió una mirada en torno de sí y sus ojos tropezaron con el cadáver despedazado de su pobre caballo.

Algunas horas después, nuestro famoso indio Raimon, contemplaba lleno de satisfacción el cadáver de otra fiera sangrienta tendida a sus pies.

Garantimos a nuestros lectores la rigurosa exactitud de estos datos; pues la persona por cuyo conducto los hemos recibidos, conoce y trata familiarmente al intrépido hijo de las selvas.

Todos los inspectores de la Comisión General de Inmigración que visitan periódicamente la Colonia San Javier, hablan con admiración de sus hazañas, y a uno de ellos que, está de regreso, debemos estos datos.

Cuando Raimon está beodo y quiere salir en busca de tigres, caza que constituye su ocupación favorita, las autoridades de la colonia adoptan la benévola precaución de ponerlo preso.

Es el único recurso para contenerlo.

Paraguay

El vapor Pampa ha traído noticias de haber llegado a la Asunción, el viernes 10 del corriente, el coronel Manilla acompañado por el Sr. don Guillermo Woodgate y varios empleados. El día en que recibieron la noticia de la muerte del coronel Waser, que estaba en buena salud en Itapiti, el Domingo de Pascua, y había hecho sus preparativos para pasar a Maracayá, seguro del éxito de los trabajos, cuando se enfermó, de un ataque cerebral causado por un disgusto de familia y no obstante la asistencia de su señora y el médico de la Empresa, sucumbió a los cuatro días.

Es sensible la muerte de este anciano en el momento en que el tiempo, habiéndose compuesto después de tres meses de lluvias torrenciales, iban a principiar los trabajos, pero felizmente el coronel Manilla ha podido reemplazarlo por el señor Morrice, un ingeniero inglés que ha tenido siete años de experiencia en los lavaderos de Australia y Nueva Zelanda.

El gobierno del Paraguay ha puesto a la disposición del coronel Manilla un vaporcito construido por los Srs. Yarrou Hett y C. de Londres que cubre solamente tres cuartas de agua, é iban a salir el jueves 16 remocando una carga hasta Itapiti mismo, adonde pensaban llegar en cinco días y como la Empresa tiene actualmente sesenta personas provisionales de todo lo que puedan necesitar, con buen tiempo, tiene esperanzas de poder comunicar muy prontas noticias agradables a los accionistas.

Como nada aquello

Sin comentar os, pues no los necesita, trascribimos de La Pampa de Buenos Aires los siguientes documentos:

Excmo. Señor:

La Redacción de La Pampa, ante V. E. respetuosamente ocurre y dice: Que conociendo prácticamente el estado deorable de desorden en que se hallan los menores del Depósito Correccional establecido en el vapor «Coronel Paz» y persuadida de que no es posible obtener que el jefe de la Capitanía de Puertos, que hace de tutor, curador y depositario del peculio de esos menores;

—Y precisamente esto es lo que yo no necesito.

—Pues bien, me alegro y desearé que correspondan sus averiguaciones respecto a los pasos que está dando con el mayordomo de la condessa, a los que obtuvo cuando se ocupó del marqués de la Peña.

—Esté usted cierto que no dará el tal Pietro un paso que nosotros no sepamos, del mismo modo que tampoco le da el doctor, ni la condessa de Oriz, ni Rosina, ni el médico Lopez, ni el marqués, ni su amigo, sin que llegue a nuestra noticia.

—Sin embargo, mire usted como el doctor Sanchez se escapa a nuestras investigaciones.

—¡Oh! es que el doctor es un adversario de primera fuerza, es como la he dicho a usted en varias ocasiones, de un pito de primer orden que conoce todos los medios de burlar la vigilancia mas equitativa y es positivamente un inocente que nada hace vulnerable y que por lo tanto nada tiene porque se le pueda sorprender.

—Lo que es de inocente no tiene nada.

—En ese caso es un solemne bribón; conoce todos los recursos para engañarnos y se burla de nosotros.

—¿Es decir que confiesa su impotencia para con él?

—No señor, el que hasta ahora me ha venido do no es una razón para que en lo sucesivo me venga también; espero que le gue la rula y esté usted seguro que llegará.

—Y no se le ocurrió a usted seguir a aquel mendigo que sabía hablar el francés y que había tenido una entrevista tan larga con el marqués y su amigo.

—Si señor; he conseguido saber de donde venia;

FOLLETIN 55

MUJERES DE CORAZON NOVELA DE COSTUMBRES

ESCRITA POR

D. ALVARO CARRILLO

—¿Y se ha enloquecido usted de que se vigile bien el mayordomo de la condessa?

—Desde el momento que me hizo usted presente la gravedad del caso, se lo obedi, y puedo usted abrigar la seguridad de que no puede dar un paso sin que lo sepamos nosotros.

Ya sabe usted, Felipe, que a mí no me duele premiar pero tampoco me duele prescindir de una persona que ha merecido que se le trate así.

Y el acento del banquero al pronunciar estas palabras era frío y duro en extremo.

Felipe no pudo menos de palidecer algun tanto, diciendo en seguida:

—Ma parece que hasta ahora no le he dado a usted motivo de descontento; en todos los negocios de que ha tenido necesidad le he servido bien, y si en alguno, mis pasos han fracasado, debe culparse, no a mí falta de diligencia, sino a lo bien con que otros supieron borrar las huellas de lo que habian hecho.

Y a su vez Felipe pronunció estas palabras con

LA CAMPAÑA

URUGUAY NUM. 324

[illegible][illegible]

TE
Y
NOS DE OPORTO
Y
SEREE

el depósito de los que subscriben se encuentra
en la tienda de Sunchu y Compañía, así como los sa-
res vino de Oporto, Jerez, Moscatel de Setúbal
y Doorno.

MARTINS y Ca.
80 - CALLE CAMARAS - 80
ATA - Se venden en depósito ó despachados.
N.º 1890.

[illegible][illegible]

